MANUEL CORREA

DIECIOCHO DÍAS

ÁUREA EDICIONES



Áurea Ediciones

Prólogo

La guerra no llevaba más de veinte días cuando un uniformado tocó a la puerta. Mamá se apresuró a abrir y yo corrí tras ella pensando que era papá. A veces me sorprendía cuán inocentes podían ser los niños y otras veces me gustaría volver a ser uno.

—Ray, hijo, ve a jugar al salón —dijo mi madre.

Yo no quería ir al salón, pero no me gustaba hacer enojar a mamá. Caminé con la cabeza agachada y me quedé en el umbral entre el pasillo y el salón. Me dejé caer, apoyé mi espalda contra la pared y guardé silencio para escuchar.

—Señora… las guerras… —la voz del sujeto era tan débil que no escuchaba todo lo que decía—. Lo lamento… —Y luego sollozos de mi mamá.

No quería desobedecerle, pero como jamás me gustó ver a mamá llorar, rodé al pasillo y me acerqué gateando. En ese momento ella cerró la puerta y cayó de rodillas frente a mí. Me vio y en lugar de reprenderme me abrazó.

No fue hasta una semana después que me enteré de la muerte de mi padre. Él había muerto en una guerra que nadie pidió, que nadie quería ni necesitaba. Una guerra hecha

ÁBREE EDICIONES

por y para la gente con mayor poder en ambos territorios. Lo curioso de estas guerras no era por qué sucedían, sino su efecto. Cada guerra llevaba de una u otra forma a otra guerra, más aún las guerras mundiales. Esta vez… Bueno, no fue la excepción.

ÁUREA EDICIONES

Primera parte:
Seis días de confusión

ÁUREA EDICIONES

Capítulo primero:
El comienzo de mi fin

Me levanté como todos los días, calenté agua, partí el pan y le puse un poco de margarina. Era todo lo que había en el refrigerador. Puse café y agua en la taza. Que no se malinterprete, no soy un supersticioso ni una persona de instinto, pero algo se sentía extrañamente mal. Me había levantado antes que mi alarma sonara —lo cual nunca antes había hecho— y el agua estaba tibia cuando solía ser fría a esa hora de la mañana. No hice caso a mis tontos presentimientos y fui al sofá pensando que solo era algo que imaginaba. Entonces, de la nada, un ruido estridente y una repentina ola de calor perturbaron aún más mi mañana.

Me asomé por la ventana y lo que vi me dio un escalofrío desde la primera a la última vértebra en mi espina dorsal. El cielo estaba dividido en dos: una parte iluminada con una luz cegadora y la otra en completa oscuridad. Todos los objetos que no estaban sujetos al suelo se levantaron. Cuerpos celestes pasaban tan cerca que parecían palpables.

ÁUREA EDICIONES

Luego de todo el desconcierto pensé en huir, pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Por qué? Tomé algunas cosas esenciales como agua, víveres, y salí. De nuevo, no soy una persona instintiva, sin embargo, sabía que no podía quedarme en casa. Una vez fuera vi a mi vecino Alex Razvan, quien antes había armado las estrategias de los comandos Águila, en la Quinta Guerra Mundial, para el bando Pacífico. El tipo era alto, musculoso, de pelo negro y muy corto, como un militar.

—Yo tengo un refugio —dijo como si hubiese leído mis pensamientos.

—¿Qué sucede? —pregunté casi de forma automática, intentando seguirle el paso.

—Caminando, nada.

Mientras caminábamos al refugio, nos encontramos con tres mujeres jóvenes. Tomé la parte de atrás del grupo y solo vi sus espaldas. La rubia era más alta qué las otras dos chicas. Las otras dos eran parecidas en altura, pero una era pelirroja y la otra tenía una melena. A lo lejos una mujer llevaba a su hijo de la mano; avanzaba y frenaba, dando movimientos frenéticos. Alex se le acercó mostrando la palma de las manos, asumí que le explicaba lo mismo que a mí me había dado a entender con un par de palabras. Ella lo miró de arriba a abajo, miró al grupo detenidamente y luego pude leer la palabra que se formó en sus labios: *Gracias*. Algo en su comportamiento, en su titubeo o en la forma que nos observó me dio mala espina. Por último, se nos unió un adolescente que, por lo que supe después, era huérfano.

Dio la impresión de que vagamos por alrededor de una hora. Las cosas parecían cambiar de lugar, o eso creí, porque antes de entrar al refugio miré hacia atrás y mi casa estaba

ÁUREA EDICIONES

donde mismo, a unos 300 o 500 metros del lugar. Era casi inexplicable todo el tiempo que nos había tomado llegar ahí, pero la tecnología estaba tan avanzada que existía casi todo tipo de armas. No era raro que algún arma pudiera desorientar a las personas dentro de cierto radio. Yo mismo me encargaba de fabricar algunas, pero ninguna de ese tipo.

Una vez adentro del lugar al que nos llevó Alex, observé a mi alrededor. El refugio era grande, al menos más grande que mi casa. Era muy moderno, con un sofá de cuero, un televisor inmenso, la última consola de videojuego —sin ningún juego— y armas, muchísimas armas colgadas en un lado de la pared. Al fondo a la izquierda había una puerta y una especie de compartimiento pequeño. Justo enfrente de nosotros había otra puerta. Cuando buscaba a Alex con la mirada, antes de poder hallarlo me explicó que era el cuarto de provisiones, un cuarto *vacío* y el depósito de basura.

Llegamos al refugio a eso de las once de la mañana. A eso de las dos de la tarde comimos algo enlatado con sabor a puré con cerdo, todos juntos sentados en el suelo formando un círculo, pero nadie se dirigió la palabra. Ni las amigas, o la madre y el niño. Fue un silencio que erizaba la piel.

Las horas siguientes pasaron relativamente igual. Nadie se hablaba, yo ya no sabía dónde poner la vista para no incomodar a nadie y mi pierna ya se cansaba de tanto movimiento. Un montón de memorias de mi infancia llegaron a mi cabeza. Yo sabía perfectamente qué estaba sucediendo afuera, pero quería que me dijeran que me equivocaba. Necesitaba que alguien me dijera que era un simulacro. Sin embargo, nadie decía una sola palabra. El silencio me iba a volver loco. Para la hora de la cena nuevamente nos sentamos en círculo y comimos algo enlatado, pero esta vez la mujer pelirroja rompió el silencio.

ÁUREA EDICIONES

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó con la mirada clavada en el suelo y con los ojos vidriosos.

No era la forma precisa en la que quería empezar una conversación, pero al menos tenía una pregunta que daría una respuesta a mis propias interrogantes.

—Es la Sexta Guerra Mundial —respondió Alex con un leve tono de tristeza.

Era lo que justo yo no quería oír.

—¿Sobreviviremos…aquí? —volvió a preguntar la pelirroja, pero esta vez no pudo contenerse y las lágrimas comenzaron a rodar desde sus ojos verdes. Sus amigas la abrazaron intentando consolarla sin ningún éxito. Alex le tendió un pañuelo.

—Por comida y agua lo haremos, a menos que… —dudó. No debes dudar cuando uno del grupo se quiebra, eso nos enseñaban en la academia militar.

—¿A menos que suceda qué? ¡Vamos suéltalo! —gritó la mujer madre del niño.

—A menos que nos encuentren —suspiró—, aunque eso es casi imposible.

—No pensemos en eso —dije de forma involuntaria—. Yo apenas conozco a mi vecino —dije apuntando hacia donde estaba Alex—, pero creo que es buena idea que nos mantengamos calmados. Si todo va como en las otras guerras estaremos al menos 20 días juntos y creo que es bueno que podamos hablar entre nosotros. Dije que apenas conocía a Alex, que ha sido mi vecino por un par de años, me gustaría pasar estos días con gente que conozca, aunque sea un poco, ¿no les parece razonable empezar por conocernos?

La escena se congeló con rostros pensantes, por algunos segundos que parecían ser eternos. Contuve la respiración, hasta que por fin una voz rompió el silencio.

ÁUREA EDICIONES